

UN ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS RESPUESTAS DE LOS NIÑOS ANTE LA DISGREGACION FAMILIAR

PEDRO BENGOCHEA GARIN

RESUMEN

El presente estudio intenta comprobar la incidencia que la disociación familiar tiene en los hijos, con efectos que cualitativamente pueden diferir, según la edad y el nivel de instrucción de aquéllos.

Entre la variedad y multiplicidad de reacciones de los niños a la disociación de su familia están aquellas respuestas que afectan a su personalidad, inteligencia, la adaptación, el estado de ánimo, el clima socio-familiar y las actitudes educativas de los padres, aspectos en los que más negativamente incide la falta de unidad familiar y que han sido objeto de análisis por nuestra parte.

Fueron estudiados 1.700 niños, desde los 6 a 18 años, comprendidos entre 1º de E.G.B. y 3º de B.U.P., de los que 1.100 niños pertenecían a familias intactas y 600, a familias incompletas. Entre éstas figuraban muestras de niños de padres separados, niños huérfanos y padres desconocidos.

Palabras Clave: Disgregación. Niños. Efecto. Familia.

ABSTRACT

The present study tries to test the incidence about the familiar disgregation has on children, with effects that qualitatively can discern, according to age and level of instruction of those.

On the variety and multiplicity of reactions on children to the disgregation of his family are those replies that affect his personality, intelligence, the adaptability, the status of cheerfulness, the social familiar steem and the educational attitudes of the

parents, the aspects that act more negatively are the lack of unity in the family and those that can be the cause of analysis on our part.

1.700 children were studied, from 6 to 18 years of age, from their first year at school till their last year (secondary education). 1.100 children were from families that were not separated and 600 were from incomplete families. Among these there were population of children dead or whose parents were unknown.

Key words: Disregation. Children. Effect. Family.

* * * * *

I. INTRODUCCION

Conviene precisar qué entendemos por disgregación familiar. Por lo general el término hace referencia a la ruptura de la convivencia matrimonial de los esposos, por la que la unidad queda incompleta con la salida de uno de los padres del hogar familiar. Pero no es el único modo de perder la incolumidad familiar. El fallecimiento de uno o de ambos padres es otro modo de pertenecer a las familias incompletas. Las circunstancias en que se produce uno y otro hecho son absolutamente diferentes, si bien pueden asemejarse en la producción de similares efectos en los demás miembros de la familia. Unido a los dos anteriores modos estaría un tercero: la identificación o no de aquellos padres que producen unidades familiares incompletas, mediante la procreación de hijos en la soltería. Las tres formas de falta de integridad familiar están comprendidas en el vocablo: disgregación o disociación, con que titulamos nuestra exposición, y que constituye el objeto de nuestro estudio en su mención específica, cuando nos referimos a los niños separados, huérfanos y de padres desconocidos.

Ver, en efecto, en tales niños cuáles son los efectos que estas tres situaciones o modalidades familiares producen, constituye el objetivo de nuestro trabajo, trabajo, por otra parte, eminentemente empírico, que ha sido inspirado y elaborado dentro del marco profesional, con la finalidad de poder ofrecer resultados al campo de la aplicación. Por lo tanto, calificamos a éste como de un intento exploratorio, en el que, en el análisis de los efectos de tal disgregación, se han tenido en cuenta variables moduladoras como la edad y el nivel de instrucción de los sujetos y se han estudiado aspectos suyos como la personalidad, la inteligencia, la adaptación, los estados de ánimo, la educación recibida de sus padres y la percepción del clima socio-familiar, áreas en las que parecen tener mayor incidencia los efectos de familias no intactas.

II. EL NIÑO ANTE LA DISOCIACION FAMILIAR

Nuestro trabajo se mueve en el marco teórico de otros muchos hallazgos que han sido realizados fuera de nuestro país por autores como Hetherington y otros (1982);

Wallerstein y Kelly (1975, 1980); Rutter (1971, 1983); Zill y Peterson (1983); Pederson, Rubenstein y Yarrow (en prensa), quienes han revisado las repercusiones que tienen sobre el niño los antecedentes, concomitancias y cosecuencias de la disgregación familiar, dimensionando en cifras y datos realmente reveladores las circunstancias familiares de muchos niños.

Dentro de la disgregación familiar el factor más destacado del quebranto de la integridad de la familia es la separación o divorcio de los padres. Son muchos los efectos del divorcio en los niños, sería prolija su enumeración. Podrían sintetizarse en los trastornos emocionales que a menudo les produce y son expresados mediante sensaciones de ira, resentimiento, ansiedad, depresión, inadaptación, sentimientos de culpabilidad, etc., en separaciones no consensuadas y conflictivas; y los cambios producidos en el sistema familiar: cambios en las relaciones de sus miembros, especialmente entre padres e hijos, en la estructura económica de la familia, en los procedimientos de funcionamiento de sus miembros, en cualquiera de los casos. Muchas de tales consecuencias son aplicables a la privación parental por defunción (horfandad) o al abandono y falta de identificación de los padres (padres desconocidos), para el cuidado de los hijos. Los más recientes estudios sobre el divorcio hablan de una crisis transicional que irrumpe en el proceso de desarrollo de la fase del ciclo vital de la familia (Carter y McGoldrick, 1989), creando una serie de cambios que lanzan a todos los miembros de la familia a una situación de caos y desequilibrio durante un período de 1 a 3 años (Hetherington, 1982), hasta que se vuelva a estabilizar. La familia se halla sin un apoyo social ni pautas a seguir en estas circunstancias, por lo que precisa de un modelo, basado en un paradigma teórico de crisis para una transición adecuada (Ahrons, 1980). Si en la década de los 70 el impacto del divorcio era investigado en orden a la pareja y sus hijos, hoy la atención se centra más en el impacto en los demás miembros del sistema familiar y en la adaptación del conjunto de los mismos: hermanos, abuelos, etc., al divorcio.

Casi siempre la separación tiene lugar como consecuencia de una convivencia conflictiva, llena de enfrentamientos, peleas y hostilidades entre la pareja, que produce malestar, alteraciones emocionales y problemas de comportamiento a los hijos (Block y Morrison, 1981; Hetherington y otros, 1982; Porter y O'Leary, 1980).

No es este el caso de los niños huérfanos y de padres desconocidos que no asisten a tales disensiones en la convivencia familiar, sin embargo, sufren los inconvenientes de la privación parental en el conjunto de su desarrollo psicoafectivo y emocional. El padre que falta puede aportar una contribución única al funcionamiento de la familia y al desarrollo del niño, a través de acciones indirectas de apoyo a la madre y otras más directas en el niño.

En nuestro trabajo, el régimen de internado tendrá una especial importancia. En él se obtuvieron las diversas muestras poblacionales de niños huérfanos y de padres desconocidos, y un buen número de niños de padres separados. El internado mediatizará la percepción y el juicio de estos niños. Proporcionará sistemas de apoyo alternativos tratando de sustituir a los padres biológicos y al entorno natural de desarrollo del niño. Nuestros datos en este caso al igual que en el de los niños de padres separados confirmarán los resultados obtenidos por otros investigadores y prestarán un apoyo empírico a nuestras predicciones.

III. MATERIAL Y MÉTODOS

Aspectos e instrumentos de medición

A continuación, se exponen aquellos aspectos de mayor interés que fueron evaluados por los instrumentos que se mencionan para los distintos niveles escolares.

- a) La personalidad y sus dimensiones, incluida la inteligencia, fueron medidas en los niños de 1º, 2º y 3º curso de E.G.B., por el cuestionario de personalidad "ESPQ" de R.W. Coan y R.B. Cattell; en los niños de 4º, 5º y 6º, por el cuestionario "CPQ" de R.B. Porter y R.B. Cattell; en los niños de 7º y 8º curso, por el cuestionario "HSPQ" de R.B. Cattell y M.O. Cattell; para los chicos de B.U.P. y F.P., se aplicó el 16-PF de R.B. Cattell.
- b) La depresión y sus respectivas subescalas fueron medidas por el cuestionario de "Depresión para Niños" de M. Lang y M. Tisher, aplicable a los sujetos comprendidos entre los 8 y los 16 años.
- c) La inadaptación personal, escolar y social de los niños, por el "Test Evaluativo Multifactorial de Adaptación Infantil" (TAMAI), de Pedro Hernández y Hernández.
- d) La insatisfacción familiar, esto es, la insatisfacción por el ambiente familiar y las relaciones de los padres entre sí, por el citado "TAMAI", en los tres niveles de edad y escolarización.
- e) El clima socio-familiar, que hace referencia a las relaciones, desarrollo y estabilidad de la familia, fue medido por la escala de "Clima Social en la Familia" (FES) de R.H. Moos, B.S. Moos y E.J. Trichett, en chicos de 8º de E.G.B., B.U.P y F.P.
- f) Las actitudes educativas de los padres y su discrepancia educativa, también por "TAMAI", en los tres niveles mencionados.

Procedimiento de aplicación

La aplicación de las pruebas fue colectiva. Se procuró aplicar a niños que cubrieran el mayor abanico de edades del período infanto-juvenil, para poder analizar la influencia del factor edad. Lo propio se hizo con el nivel escolar, abarcando la enseñanza primaria y secundaria, desde 1º curso de E.G.B. hasta los cursos de B.U.P. y F.P. incluidos.

En la obtención de los resultados se condujo con la máxima discreción, tratando de no identificar públicamente a los niños por su situación familiar, si bien, se les daba la oportunidad de que lo hicieran en privado, al cumplimentar los datos personales, entre los que figuraba la situación familiar de cada cual, con la indicación del dato de si alguno de los padres o los dos habían fallecido, estaban separados en el matrimonio, o se hallaban ausentes del hogar por razones de trabajo u otro motivo. A los niños se les explicaba el motivo de su participación en las pruebas, diciéndoles que no era otro que el de ayudar y orientar a los presuntos niños que se encontraban con problemas personales o familiares. Se les instaba a que las pruebas fueran anónimas. En cuanto a la forma de responder a los cuestionarios, debía de ser individual, sin hacer comentarios ni gestos a nadie, puesto que esto podía influir en la forma de responder a los demás

compañeros. A los más pequeños, por razones de comprensión, se les dictaba oralmente las preguntas, a los demás se les impartía las instrucciones con la claridad suficiente para que la cumplimentación de las pruebas fuera en todo momento correcta.

Obtención de muestras

Se utilizaron dos grandes grupos de sujetos de ambos sexos, comprendidos entre los 6 y los 18 años y pertenecientes a distinto nivel escolar (desde 1º de E.G.B. hasta los cursos de B.U.P. y F.P., ambos incluidos). Un grupo se componía de 1.100 niños, pertenecientes a familias intactas, que sirvió de grupo control. El grupo experimental constaba, aproximadamente, de 543 niños de los que 386 eran niños de padres separados en su matrimonio, distribuidos de la siguiente forma: 102 niños de padres que estaban en trámites legales de separación, 109 niños acogidos a la guarda y custodia de algún padre o familiar al año o más de haberse separado sus padres, y 175 niños residentes en Centros en régimen de internado. Además, dentro de la población infanto-juvenil del internado

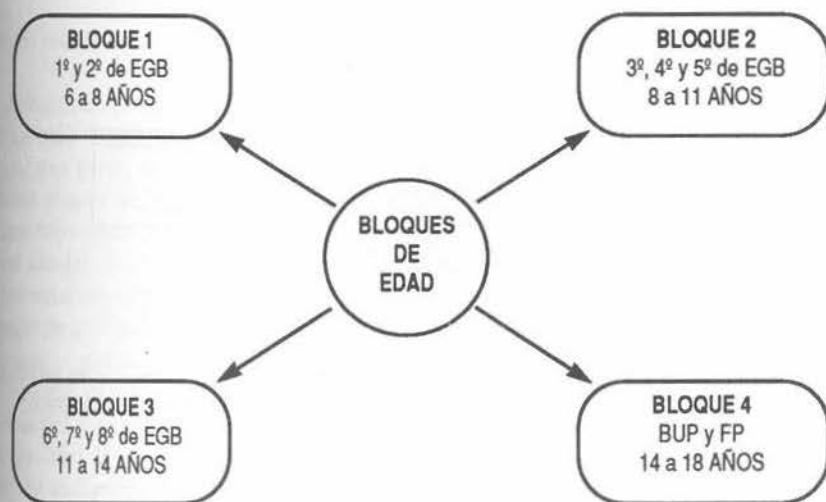


FIGURA 1
Bloques de edad y nivel de instrucción

se obtuvieron 69 niños huérfanos, 17 de padres desconocidos y 71 niños con diversa problemática familiar sin especificar. En los análisis realizados se tuvieron en cuenta los siguientes grupos:

- Grupo de niños de familias intactas (con unidad parental y familiar sin romper),
- Grupo de niños de padres separados por ruptura de la vida conyugal,
- Grupo de niños huérfanos (con uno o ambos padres fallecidos), y,
- Grupo de niños de padres desconocidos.



FIGURA 2
Modalidades de situación familiar

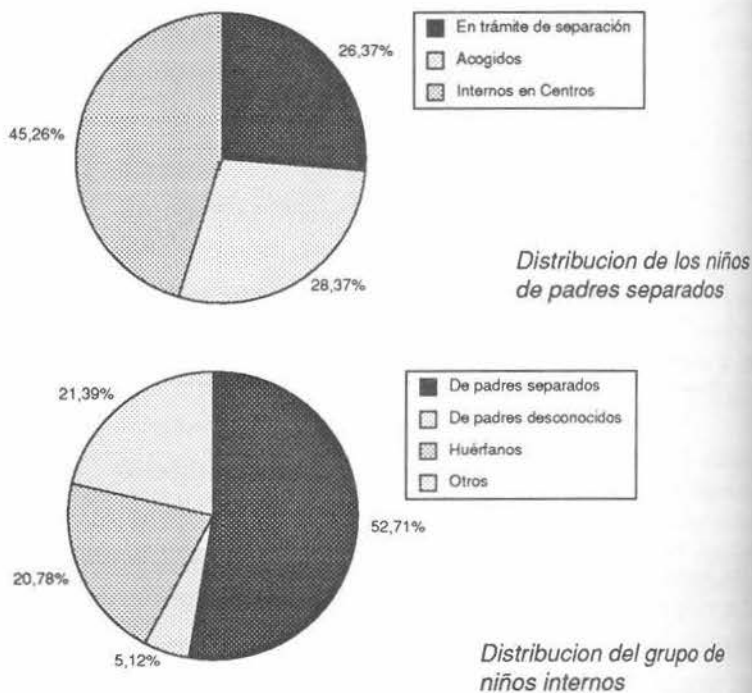


FIGURA 3

En la figura 1 se indican los cuatro bloques en que se incluyeron los niños de estudio por razón de edad, nivel escolar y situación familiar. Asimismo, se exponen las distribuciones de los grupos experimentales.(figuras 2 y 3).

Cada grupo de niños de familias disgregadas (niños de padres separados, huérfanos y de padres desconocidos) se comparó con el grupo de familias intactas (grupo control) y, posteriormente, se procedió a la comparación de los grupos de familias disgregadas (grupos experimentales) entre sí, en cada una de las variables analizadas. Si bien, se procuró disponer del máximo número de casos, el tamaño de cada muestra variaba en la respectiva cuestión o aspecto estudiado, puesto que dependía en cada caso de la posibilidad de contar con un número adecuado de niños de cada nivel de edad y escolarización que pudiera cumplimentar los cuestionarios y demás pruebas exigidas. De ahí que algunas muestras, si bien, en su conjunto comprendían un número considerable de sujetos, al ser distribuidos éstos por edad y nivel escolar, reducían en algunos casos de tal suerte el tamaño de la muestra, que no se han podido tener en cuenta sus resultados —como ocurrió con el grupo de niños de padres desconocidos, particularmente— y, en otros casos, se han tenido que considerarlos con reservas.

Análisis estadísticos

Aunque, en principio, la incidencia de la separación podía establecerse llevando a cabo un análisis conjunto de varianzas seguido del test de Scheffé en el que se consideran, por una parte, las variables más significativas y, por otra, bloques relativos a los distintos grupos de niños —distinguidos por edades y niveles escolares— se optó por analizar separadamente el efecto producido en cada variable por cada bloque de edad y nivel escolar. Ello resulta más trabajoso, pero creímos que, de este modo, se obtenía una información más diferenciada y precisa, lo que resultaba conveniente dada la inexistencia de antecedentes relativos a estos análisis en nuestro país. Reducido, pues, el tratamiento estadístico a la comparación de dos muestras para cada variable, el procedimiento más expresivo es la estimación de la diferencia de medias poblacionales sirviéndose del estadístico apropiado —como la *t* de STUDENT— según quepa o no admitir la igualdad de varianzas. Por lo demás, el resultado de este procedimiento coincide con el del análisis simple de varianzas.

IV. RESULTADOS

Los resultados del análisis mencionado figuran en 25 tablas —que el autor tiene a disposición de los interesados—, correspondientes a distintos niveles de edad y escolarización, en los que se recogen valores medios y desviaciones típicas de las distintas variables consideradas, así como la significación de las diferencias. Un resumen de los mismos se presenta en el Cuadro 1.

A título ilustrativo, se refleja con cierto detalle algunos ejemplos de resultados obtenidos en algunas variables por parte de los sujetos de diferentes situaciones familiares, niveles de edad y escolarización.

Diferencias de medias que resultaron significativas al nivel de 1% ó 5% entre cada grupo experimental y el grupo control

CUADRO 1

	PERSONALIDAD			DEPRESION			INADAPTACION			INSAT. FAMILIAR			CLIMA FAMILIAR			EDUCACION		
	Separ.	Huerf.	Descon.	Separ.	Huerf.	Descon.	Separ.	Huerf.	Descon.	Separ.	Huerf.	Descon.	Separ.	Huerf.	Descon.	Separ.	Huerf.	Descon.
BLOQUE 1 (1ª y 2ª E.G.B.) (6 y 8 años)	3** 3* R.N.S.	1** 1* R.N.S.	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
BLOQUE 2 (3ª, 4ª y 5ª E.G.B.) (8 a 11 años)	3** 2* R.N.S.	1** 2* R.N.S.	1** 1*	5** 1* R.N.S.	3* R.N.S.	(2)	2** 5* R.N.S.	(2)	(2)	1**	(2)	(2)	—	—	—	5** 3*	(2)	(2)
BLOQUE 3 (6ª, 7ª y 8ª E.G.B.) (11 a 14 años)	3** 5* R.N.S.	3* R.N.S.	(1)	2** 1* R.N.S.	6** 1* R.N.S.	(1)	6** 3* R.N.S.	4** 3* R.N.S.	(1)	1**	N.S.	(1)	2* R.N.S.	N.S.	(1)	6** 4* R.N.S.	1* R.N.S.	(1)
BLOQUE 4 (B.U.P. y F.P.) (14 a 18 años)	1* R.N.S.	1* R.N.S.	(1)	(2)	(2)	(1)	1* R.N.S.	(2)	(1)	1**	(2)	(1)	N.S.	1* R.N.S.	(1)	1** 1* R.N.S.	(2)	(1)

* ($p \leq 0,05$) = Significativa

** ($p \leq 0,01$) = Muy Significativa

N.S. = No significativa

R.N.S. = Resto no significativa

(1) No se tuvieron en cuenta los resultados por muestras excesivamente pequeñas

(2) Muestra muy pequeña y sin valores significativos

Número total de variables

• Bloque 1: Personalidad = 13

• Bloque 2: Personalidad = 14
Depresión = 10
Inadaptación = 19
Insat. Familiar = 1
Educación = 15

• Bloque 3: Personalidad = 14
Depresión = 10
Inadaptación = 19
Insat. Familiar = 1
Clima soc. fam. = 10
Educación = 25

• Bloque 4: Personalidad = 6
Depresión = 10
Inadaptación = 23
Insat. Familiar = 1
Clima soc. fam. = 10
Educación = 22

BLOQUE 1

(Niños/as de 1º y 2º curso de E.G.B., de 6 a 8 años)

En la tabla nº 1 se observa, por lo que se refiere a los rasgos de personalidad, cómo los niños de padres separados, de 6 a 8 años, en contraste con los niños de familias intactas, se muestran con una capacidad intelectual inferior para la rapidez de comprensión y aprendizaje de ideas; asimismo, aparecen como más reservados, emocionalmente inestables, sumisos, despreocupados de las normas y centrados en sus propias necesidades, y con un mayor sentimiento de culpabilidad e inseguridad. La diferencia de medias en cada factor es claramente significativa al nivel del 1% o del 5%. Si ahora observamos la

FACTORES (POLOS BAJO Y ALTO)		SIT. F. NORMAL			SIT. F. SEPARADOS			g.l. de		
ESCALA	DESCRIPCION	N	\bar{x}	Sx	N	\bar{x}	Sx	F	t	"t"
A	Reservado-abierto	102	8,92	2,16	50	8,12	1,39	*4,49	**2,75	139
B	Bajo-alto en inteligencia	102	14,39	1,94	50	13,46	2,14	3,61	**2,69	150
C	Inestable-estable	102	8,82	2,15	50	8,08	2,11	0,31	*2,01	150
E	Sumiso-dominante	102	4,83	2,81	50	3,58	2,65	0,40	**2,63	150
G	Despreocupado-consciente	102	7,65	1,75	50	7,08	1,49	1,82	*2,00	150
O	Sereno-aprensivo	102	3,53	1,95	50	4,38	1,79	1,05	*-2,56	150

* $p \leq 0,05$

** $p \leq 0,01$

TABLA 1

Valores obtenidos con niños de situación familiar normal y niños de padres separados (1º y 2º de EGB)

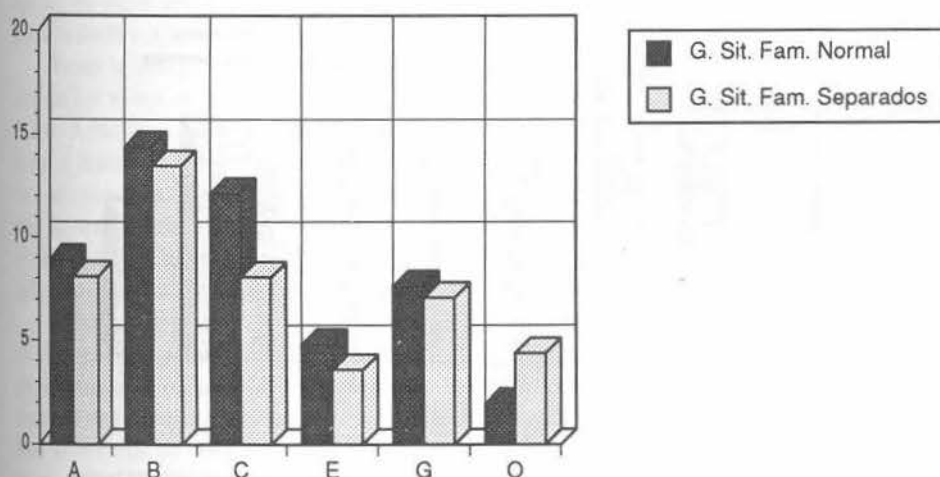


FIGURA 4

Comparación de medias entre el Grupo de situación familiar normal y el Grupo de padres separados en ESPQ

Factores (Polos bajo y alto)		S. F. NORMAL			G. EXP. SEPARADOS			F	t	g. l. de T
Escala	Descripción	N	\bar{X}	S _x	N	\bar{X}	S _x			
A	Reservado - abierto	74	6,68	1,49	46	6,04	1,87	2,12	* 2,00	118
B	Bajo - alto en inteligencia	74	7,94	1,93	46	7,10	1,99	0,01	* 2,28	118
D	Calmoso - excitable	74	4,18	2,13	46	5,19	2,22	0,05	* - 2,47	118
E	Sumiso - dominante	74	4,13	2,08	46	5,15	2,26	0,35	* - 2,52	118
G	Despreocupado - consciente	74	6,78	1,64	46	5,34	1,94	1,87	** 4,34	118
H	Cohibido - emprendedor	74	5,94	1,92	46	4,89	1,86	0,20	** 2,95	118
J	Seguro - dubitativo	74	5,10	1,58	46	5,76	1,68	0,15	* - 2,14	118
N	Sencillo - astuto	74	2,33	1,85	46	3,63	1,86	0,15	** - 3,71	118

* $p \leq 0,05$ ** $p \leq 0,01$

Tabla 2 - Valores obtenidos entre niños de padres separados y niños de situación familiar normal (6^o, 7^o y 8^o de EGB)

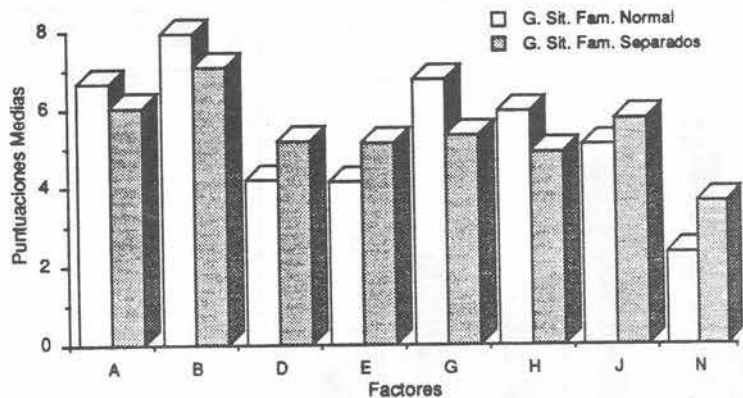


Fig. 5.- Comparación de medias entre niños de padres separados y niños de situación familiar normal en CPQ

tabla nº 2, vemos cómo los chicos de padres separados de 11 a 14 años, además de asemejarse en algunos factores (inteligencia, carácter reservado, despreocupado) a los niños de 6 a 8 años de padres separados, se diferencian de éstos por puntuar en el polo opuesto del factor o la emergencia de nuevos factores, donde obtienen diferencias significativas al n.c. del 1% ó 5%, con respecto a los chicos de familias intactas. Así ocurre, por ejemplo, con la escala E (puntuán en el polo alto) y las de nueva aparición: D, H, J y N, caracterizándose en estas edades por manifestarse como más excitables, agresivos, astutos y reprimidos, aspectos que se orientan hacia una mayor ansiedad y excitabilidad.

V. DISCUSION

Los niños de padres separados de cualquier edad y nivel escolar de nuestro estudio presentan una capacidad intelectual significativamente inferior en la rapidez de comprensión y aprendizaje de ideas que los niños de familias intactas. Más que una infradotación se trata de un ejercicio disminuido de la capacidad mental para las tareas escolares debido a las tensiones y traumas familiares.

Por lo que se refiere a otras dimensiones de la personalidad los niños más pequeños muestran una mayor inestabilidad emocional, mayor introversión, mayor sentimiento de culpabilidad e inseguridad que los niños de familias intactas. Los datos no sólo apoyan nuestra hipótesis sino que confirman los hallazgos de Wallerstein y otros (1988), quienes aseguran que los niños más jóvenes, debido a su incapacidad de comprender la situación del divorcio, los motivos y sentimientos de sus padres suelen autoinculparse de los problemas provenientes de la ruptura familiar. El niño, debido a la separación de sus padres, va a sentir amenazado el sentimiento de protección y pertenencia al grupo familiar, que se manifiesta en la falta de seguridad, y al perder apoyo, no tiene una clara percepción de lo que se aproxima para él, de ahí su tendencia a la duda y al temor, ante la incertidumbre de su situación.

Tanto la inseguridad como la tendencia a la duda puntuán significativamente más alto en los niños de padres separados de nuestro estudio que en los de padres no separados. Asimismo, la separación o divorcio de sus padres considerado como una amenaza al bienestar y seguridad personales de tales niños, éstos reaccionan con alteraciones emocionales, sensación de temor, inseguridad ante el posible abandono y necesidad de sentirse más dependientes de sus padres como medio de buscar apoyo y afecto en éstos. Tales efectos son reflejados en los rasgos que les caracteriza a estos niños y han sido observados en nuestro estudio.

A medida que avanza en edad el niño, su respuesta al divorcio es diversa. En las edades más tempranas nuestros datos nos indican que el niño proyecta sentimientos de dependencia, inseguridad, culpabilidad, inhibición personal, para pasar en etapas de mayor crecimiento a acentuar elementos que definen la ansiedad y la excitabilidad. Nuestros datos se corresponden con los obtenidos por otros investigadores como Hetherington (1979), Wallerstein (1978), Chethik, M. y otros (1986), Ikeda, Y. (1985), Bray (1988), Hetherington y Clingempeel (1988), Zill (1988). Sin embargo, conviene observar que muchos de estos rasgos de personalidad dependen de la vulnerabilidad

del niño, pues los hijos temperalmente difíciles se adaptan peor a los cambios y se muestran más frágiles a las adversidades (Hetherington en prensa, Rutter, 1980).

Por lo que se refiere a niños huérfanos más pequeños, entre los 6 y 11 años, se muestran significativamente más reservados, sumisos, tímidos, dependientes y dubitativos que los niños de familias intactas. La tesis de Hetherington y otros (1978) asegurando que los niños pequeños muestran un incremento de la dependencia, que se refleja en la búsqueda de ayuda y afecto después del divorcio, encuentran apoyo empírico en los datos de nuestros niños huérfanos estudiados. El hecho de que los niños huérfanos se manifiesten con estos rasgos de personalidad, no sólo es atribuible a la etapa evolutiva que atraviesan, sino también a los inconvenientes que produce la privación de un padre en el conjunto del desarrollo psicoafectivo y emocional del niño. El padre que falta puede aportar una contribución relativamente única al funcionamiento de la familia y al desarrollo del niño.

Tal como aseguran Pederson, Rubenstein y Yarrow (en prensa), en el hogar unipaternal, algunas de las funciones de un padre pueden ser asumidas por el otro padre o por personas, instituciones, parientes, etc.; sin embargo, los roles que desempeñan los sistemas de apoyo alternativos, pueden ser cualitativamente diferentes de los de un padre accesible. Por ejemplo, algunos de los roles que desempeña el padre a nivel parental son, tal como aseguran Hetherington y otros (1978), indirectos y sirven para apoyar a la madre en su rol parental, mientras que otros repercuten más directamente en el niño.

El padre en una familia nuclear apoya indirectamente a la madre en su rol parental de muy diversas formas: con la ayuda económica, con asistencia y relevo en las tareas domésticas y en el cuidado de los niños, con apoyo y aliento emocional y apreciación de su actuación como madre. Además, una relación íntima en la que la madre es valorada y querida contribuye a reforzar sus sentimientos de amor propio, felicidad y competencia, lo cual influye en sus relaciones con sus hijos. Sin embargo, los adolescentes huérfanos de nuestro estudio se muestran más liberales, más analítico-críticos que los adolescentes de familias intactas. Posiblemente la privación parental en el internado les obliga a desvincularse antes de su familia y a orientarse más personalmente y con una mayor autonomía hacia el presente y futuro de la vida.

También los niños de padres desconocidos se muestran con una capacidad intelectual inferior y más cohibidos y tímidos que los niños de familias intactas. Algunas de las razones apuntadas para los niños del divorcio y niños huérfanos, por lo que afecta a la privación parental y régimen de internado, son válidas y aplicables a estos niños y a sus rasgos de personalidad.

Si se comparan los niños de padres separados con los niños huérfanos, los más jóvenes de estos últimos (de 6 a 8 años, de 1º y 2º curso de E.G.B.), se muestran más impresionables y dependientes que los niños de padres separados. Asimismo, los niños huérfanos de 11 a 14 años (6º, 7º y 8º curso de E.G.B.) se muestran más incautos pero menos agresivos que los niños de padres separados. Por otra parte, los adolescentes de padres separados se muestran más descuidados y confiados a la buena ventura que los adolescentes huérfanos, siendo, sin embargo, estos últimos más liberales y analítico-críticos. Tales variaciones están en función de la edad y del internado, que actúan como factores de variabilidad. En efecto, la falta de diferencias significativas en personalidad, entre dos muestras considerables de niños de padres separados (85 niños) y

huérfanos (17 niños), confirmó nuestra hipótesis, que aseguraba que la privación parental, fuera ésta por separación o por defunción, configura un tipo de sujeto de similares características de personalidad que no ofrece diferencias entre huérfanos y separados. Sin embargo, las diferencias observadas entre los primeros grupos mencionados en este apartado, son debidas, a nuestro entender, en gran parte al internamiento, particularmente en los niños huérfanos de edades inferiores, quienes al sentirse privados de algún padre, fuera del medio natural como su hogar o de un espacio social: pueblo, barrio, compañeros y con apoyos alternativos que no les satisfacen, incrementan su dependencia buscando afecto y apoyo, o se muestran más ilusos. Cuando son adolescentes se sienten más desvinculados de su familia y de la orientación que les puede ofrecer ésta, y tratan de compensarlo con una actitud personal más crítica, analítica o inquisidora con que tratan de abrir paso en la vida. Llama la atención que esta misma actitud no se aprecie en los adolescentes del divorcio o separación, pues después de la separación son requeridos a actuar de forma madura y autónoma. Aquí parece confirmarse lo que sostienen, para algunos adolescentes del divorcio, Kelly y Wallerstein (1978), quienes aseguran que ante el hecho de verse empujados hacia una temprana independencia y hacia la asunción de responsabilidades propias de un adulto, sobre todo en el marco de hogares uniparentales, provoca en algunos adolescentes una sensación de impotencia y resentimiento por la falta de apoyo y acceso a la madre y les crea preocupaciones sexuales precoces.

Por lo que se refiere a los niños de padres desconocidos no se registraron diferencias significativas en personalidad entre 17 niños huérfanos de 8 a 11 años (3º, 4º y 5º curso de E.G.B.) y 9 niños de padres desconocidos de la misma edad y nivel escolar, como tampoco hubo diferencias entre 85 niños de padres separados, de la misma edad y nivel de escolaridad que los anteriores, y 9 niños de padres desconocidos. Al ser un grupo, el de los niños de padres desconocidos, excesivamente pequeño, impone cautela y limitación en la consideración de los resultados, por lo que creemos más apropiado su omisión.

Los niños y preadolescentes, comprendidos entre los 8 y los 14 años, de padres separados, muestran una significativa depresión en sus diversas manifestaciones: problemas de interacción, baja autoestima, preocupaciones por la muerte/salud, sentimientos de culpabilidad en mayor grado que los niños y preadolescentes de familias intactas. Parece lógico que esto suceda cuando la separación o divorcio supone siempre para el niño la pérdida de un ser querido de su entorno próximo. Como dice Ríos González (1979), basándose en la investigación con sujetos de padres separados, una de las repercusiones inmediatas de la separación, consiste en "entrar en pena" que lleva a la apatía, tristeza, deseo inconsciente de morir o tendencia a no estructurar de modo alguno un modelo de vida que sirva de estímulo o apoyo a ulteriores progresos. Drill Rebecca (1986) realizó con 104 jóvenes de padres divorciados una encuesta tratando de examinar la relación entre la percepción que el chico tenía del padre no custodio y la depresión.

Los resultados que halló indican que la depresión estaba relacionada con la percepción de los padres más que con el divorcio. Específicamente cuando el padre no custodio era percibido como una "pérdida", el encuestado estaba más deprimido. Desde el descubrimiento de Drill, nos atrevemos a asegurar, que nuestros niños de divorcio estudiados asocian la depresión posiblemente más con la pérdida de un ser

querido que produce el divorcio que con el divorcio mismo. Sin embargo, nuestros 14 adolescentes de padres separados no presentan indicios de depresión con respecto a sus homólogos de las familias intactas, lo que presta un apoyo empírico a los hallazgos de Wallerstein y Kelly (1975), quienes aseguran que los adolescentes después de un período inicial de pena y cólera se hacen más capaces de hacer frente a las exigencias generales de orden práctico, lo que sería improbable con un ánimo desolado por la tristeza.

Los niños huérfanos comprendidos entre los 8 y los 14 años muestran una depresión mayor que los niños de familias intactas. Los niños huérfanos de edades inferiores se distinguen por una falta de alegría, diversión y felicidad, así como de otros aspectos positivos de la vida, mientras que en los huérfanos de edades superiores su depresión se manifiesta más a través de un bajo estado anímico; mayores problemas de interacción social, aislamiento y soledad; menor autoestima; mayores preocupaciones por la muerte/salud en sueños y fantasías y mayores sentimientos de culpabilidad, que los niños de familias intactas. La privación de algún padre o de los dos, el alejamiento del medio natural tanto social como familiar, y la insatisfacción, cuando no, el rechazo de los posibles apoyos alternativos institucionales, los acusan estos niños a través de una significativa depresión. Sabemos que la privación de un padre siempre supone la privación de un rol más directo y activo en la configuración de la conducta del niño, como agente de socialización, mediante la disciplina y la educación directa, o actuando como modelo. En una familia uniparental sólo hay una persona que desempeña estas funciones, o personas alternativas de apoyo en un internado.

Si se comparan los niños huérfanos con los de padres separados entre sí, comprobamos que en una muestra de 26 chicos huérfanos de 11 a 14 años (6º, 7º y 8º curso de E.G.B.), presentaban éstos un estado de humor más depresivo; mayores problemas de interacción social, aislamiento y soledad; mayores sentimientos de culpabilidad, que los chicos de padres separados. Tales datos parecen confirmar la influencia del internado pues resulta claro que a la pérdida de algún padre se añade la privación del medio natural junto con déficits de apoyos alternativos que supone el internado, y es motivo en estos niños de una mayor depresión. Sin embargo, no sucede así con 16 niños huérfanos de 8 a 11 años (3º, 4º y 5º curso de E.G.B.), quienes, en comparación a 54 niños de padres separados, no muestran diferencias significativas en depresión, al igual que otro grupo de 16 huérfanos de 14 a 18 años (curso de B.U.P. y F.P.), tampoco presentan diferencias significativas con respecto a 14 adolescentes de padres separados, en la dimensión indicada. Estos datos últimos parecen apoyar nuestra hipótesis en cuanto afirma que la privación parental, sea por defunción, sea por separación matrimonial de los padres, asemeja a los niños huérfanos con los del divorcio, no presentando diferencias significativas en la depresión, excepto aquéllas que pueden darse por razón de la edad o régimen de vida: el internado.

Por lo que se refiere a los niños de padres desconocidos, tanto en esta área estudiada como en las demás de otros niveles de edad y escolaridad, al constituir muestras de exigüo tamaño, no se han tenido en cuenta los resultados obtenidos en las comparaciones realizadas entre este grupo experimental y el grupo control, ni con los grupos experimentales entre sí.

Otro de los efectos de la disgregación familiar es la inadaptación tanto personal, como escolar y social, que sufre el niño. Según nuestros datos, los niños de padres

separados, comprendidos entre los 8 y los 14 años (de 3º a 8º curso de E.G.B.), muestran una inadaptación personal y escolar significativamente mayor que los niños de familias intactas, cumpliendo así nuestras predicciones. La inadaptación personal hace referencia a las dificultades que los niños de la separación o divorcio, tienen no sólo consigo mismo (autodesajuste), sino también con la realidad (desajuste disociativo). Sus comportamientos se caracterizan por el temor, miedo o intranquilidad junto a la infravaloración de sí mismos. La valoración desajustada de sí les conduce a echar sobre sí la tensión vivida, o bien, a través de los autodesprecios y autocastigos, o bien, por estados depresivos o reacciones de somatización. La inadaptación escolar hace referencia a la aversión hacia profesores y colegio, para niños más pequeños (de 3º, 4º y 5º curso de E.G.B.); y a la hipolaboriosidad (baja aplicación) e indisciplina (comportamiento disruptivo en clase), para los chicos de 2ª etapa de E.G.B. (6º, 7º y 8º curso de E.G.B.). Estos datos prestan apoyo empírico a los hallazgos de Wallerstein y Kelly (1975) sobre la disminución de competencias del niño del divorcio en el funcionamiento con la escuela. Sin embargo, los adolescentes del divorcio de nuestro estudio no presentan una significativa inadaptación personal y escolar. Es más, se muestran con una introversión social significativamente menor que los chicos de familias intactas. Lo cual confirma, una vez más, la hipótesis de que los niños mayores o adolescentes tras el primer período del divorcio de sus padres son más capaces de enfrentarse con las situaciones reales de la vida (Wallerstein y Kelly, 1975), o son requeridos por la madre a unos comportamientos más maduros y autónomos (Hetherington y otros 1978).

Por lo que se refiere a los huérfanos, los de 8 a 14 años (6º, 7º y 8º curso de E.G.B.) muestran un encogimiento, miedo, somatización, depresión-intrapunición (autodesprecio, castigo, preocupaciones) significativamente mayores que los niños de familias intactas. Asimismo, su inadaptación escolar manifestada en la hipolaboriosidad (baja aplicación hacia el aprendizaje) es también significativamente mayor que la de los niños de familias intactas. Tales inadaptaciones están asociadas, como se ha dicho, a la privación parental, al alejamiento del medio natural de desarrollo y a la insuficiencia de apoyos alternativos institucionales o del internado, que no satisfacen adecuadamente las necesidades de un padre natural. Un padre solo, una madre sola, incluso dos adultos del mismo sexo, ofrecen al niño una gama de características positivas a copiar más reducida que la que le ofrecen los dos padres (Pederson y otros en prensa). Una madre y un padre juntos son susceptibles de manifestar una gama más amplia de intereses, habilidades y atributos que uno sólo de los dos (Hetherington, 1979).

Por lo que se refiere a los grupos experimentales entre sí, los niños huérfanos de 11 a 14 años (6º, 7º y 8º curso de E.G.B.) muestran una significativa inadaptación personal de tipo depresivo, que consiste en una depresión-intrapunición (autodesprecio, castigo, tristeza y preocupación) en relación a los niños de padres separados. La valoración desajustada de sí mismo y de la realidad les conduce a estos niños a cargar sobre sí la tensión vivida, de forma directa a través de la intrapunición, autodesprecio y autocastigo, y también a través de los estados depresivos. Sin embargo, otro grupo de 17 niños huérfanos de 8 a 11 años (3º, 4º y 5º curso de E.G.B.) con respecto a 80 niños de padres separados no muestran diferencias significativas en inadaptación, lo que parece indicar que lo que no diferencia el internado en cuanto a la privación parental, podría hacerlo el factor edad.

Tal como predecíamos en nuestra hipótesis, los niños de padres separados de cualquier edad y nivel escolar manifiestan una clara insatisfacción con el ambiente negativo de la familia y la desarmonía matrimonial de sus padres. Tal insatisfacción es, por otra parte, lógica, cuando se produce, a causa de la separación de los padres, la desorganización familiar y los niños asisten con frecuencia en tales circunstancias a las peleas, denigraciones y recriminaciones que tienen lugar entre los padres. Indudablemente, como dicen Hetherington (1972), Tessman (1978) y Wallerstein (1978), tales comportamientos producen una desidealización de los padres por parte de los hijos.

Sin embargo, entre los niños huérfanos no se experimenta tal insatisfacción familiar ni el descontento por la desarmonía de sus padres, como es lógico, como ha quedado demostrado al ser comparado este grupo con el de los niños de familias intactas.

Por lo que respecta al clima socio-familiar, 39 chicos de padres separados, preferentemente de 8º curso de E.G.B., perciben que en sus familias existe una cohesión significativamente menor entre los miembros familiares, esto es, están poco comprometidos, se ayudan y apoyan poco entre sí, y además tienen una actuación menor, o lo que es igual, las actividades se enmarcan en menor grado en una estructura orientada a la acción, en comparación a los chicos de familias intactas. Al hablar del clima socio-familiar se miden tres dimensiones: las relaciones (grado de comunicación, libre expresión y la interacción conflictiva); el desarrollo (procesos de desarrollo personal: autonomía, actividades culturales, recreativas, religiosas, etc.) y estabilidad (estructura, organización y grado de control) de los miembros familiares. Por lo que se refiere a los adolescentes de padres separados que estudiamos, su percepción socio-familiar no era significativamente diferente de la de los adolescentes de familias intactas, sugiriéndonos tal hecho que la percepción de los chicos más adultos de padres separados sobre su familia es cualitativamente diferente al de los chicos más jóvenes de la separación, y esto se debe, no sólo al distinto momento de su desarrollo evolutivo en que se encuentran, sino también, posiblemente, a las diferentes expectativas y roles que cada cual ha de satisfacer en su familia. Pues a los hijos se les pide que desempeñen algunas de las funciones del padre que se ha ido (Hetherington, 1979). Todo lo cual determina la percepción con que cada hijo de diferente edad, desarrollo evolutivo y rol o status contempla el clima social de su familia. Se contraponen a estos datos los presentados por los adolescentes huérfanos de nuestro estudio, quienes aprecian en sus familias una menor libertad de actuación y expresión de los sentimientos, que en el caso de adolescentes de familias intactas. Esta falta de libre expresividad percibida por los huérfanos adolescentes en sus familias podría estar sugiriendo que el padre fallecido es el progenitor masculino, quien con su imagen de mayor poder y autoridad puede ser más eficaz a la hora de controlar la conducta de los hijos y servir como autoridad de refuerzo a la disciplina de la madre, que al carecer, es suplido por un autoritarismo mayor de ésta o un control institucional (del internado) más rígido.

Los niños de padres separados comprendidos entre los 8 y los 14 años (desde 3º a 8º curso de E.G.B.) consideran que la educación que reciben de sus padres se caracteriza por aspectos restrictivos y aversivos, como el estilo punitivo (castigo y rechazo), despreocupado (abandono y desatención) y marginación afectiva y rechazo, que hacen que la educación adecuada y asistencial personalizada de sus padres sea significativamente menor que en el caso de los niños de familias intactas. Estos datos confirman

no sólo nuestras predicciones sino también prestan un apoyo empírico a los resultados obtenidos por Hetherington y otros (1978), quienes aseguran que los padres en el primer año después de la separación están demasiado preocupados por su propia depresión, cólera o necesidades emocionales y son incapaces de responder con sensibilidad a las exigencias del niño. Durante este tiempo, dicen, el padre o la madre divorciados tienden a ser incoherentes, menos afectuosos y faltos de control sobre sus hijos. Sin embargo, para los adolescentes de padres separados no existe esta percepción negativa acerca de las actitudes educativas de sus padres, sea porque la diferencia de edad hace variar cualitativamente la experiencia del divorcio en los hijos —experiencia a la que va asociada la percepción de la educación que reciben de sus padres—, sea porque el cumplimiento de las expectativas y roles exigidos, les obliga a adecuarse a la realidad con una mayor madurez y autonomía que los hijos más pequeños. Están, como asegura Hetherington (1979) más capacitados que sus hermanos más pequeños para poder apreciar debidamente la situación del divorcio, los motivos y sentimientos de sus padres, su papel en el divorcio y la variedad de posibles consecuencias derivadas de la separación. La educación restrictiva va aparejada a la discrepancia educativa en estos casos. La discrepancia educativa es un índice importante que expresa el grado de acuerdo y relación existente en la pareja y sus papeles educativos consecuentes, tal como es percibido por el hijo.

Los niños huérfanos de 11 a 14 años (6º, 7º y 8º curso de E.G.B.) también perciben que la educación asistencial personalizada de su padre es significativamente más escasa que la del padre de los niños de familias intactas. Esta atribución más negativa hacia el padre, no sólo observada por los huérfanos sino también por los hijos de padres separados, no es explicada por las mismas razones. Para los primeros puede estar en función de la falta de la intervención paterna en la acción educativa determinada por la obligada ausencia (muerte). En el caso de los segundos, pueden ser varias las razones que inducen a tal percepción: actitud hostil de la madre hacia el padre que contradispone a los hijos hacia este progenitor; abandono y desatención del padre hacia los hijos que va alejándose de la relación a medida que transcurre el tiempo después de la separación; observación directa de otras conductas censurables en el padre, etc. El progenitor encargado de custodia en las familias uniparentales adquiere creciente preeminencia en el desarrollo del niño (Hetherington y otros 1979).

Si se comparan los niños de padres separados de 11 a 14 años (6º, 7º y 8º curso de E.G.B.) con los huérfanos de la misma edad y escolaridad, los primeros perciben una marginación afectiva de su padre al igual que una discrepancia educativa entre sus padres, significativamente en mayor grado, que los segundos. Las razones anteriormente aducidas sobre las atribuciones negativas hacia el padre y los desacuerdos de la pareja reflejados en las diferencias individuales de los estilos educativos de los padres, más intensamente experimentados por los niños de padres separados, podrían explicar tales resultados. Lo mismo se puede decir de la edad, que es un factor de variabilidad que comporta variaciones en las apreciaciones de los niños, tal como se ha venido comprobando en apartados anteriores y así lo demuestran otros 17 niños huérfanos de 8 a 11 años (3º, 4º y 5º curso de E.G.B.), quienes en comparación con sus homólogos de padres separados no muestran diferencias significativas en la percepción de las actitudes educativas de sus padres.

De lo expuesto se pueden sintetizar los resultados en los siguientes puntos:

- La incidencia de la disgregación familiar en los niños resulta clara e incuestionable.
- Las áreas más impactadas son: la personalidad, el estado de humor, la adaptación y la relación con los padres.
- Durante el proceso de separación de los padres, los hijos muestran una mayor insatisfacción familiar y, por lo general, una serie de desequilibrios e inadaptaciones.
- El internado es una variable que modula las percepciones de los niños y adolescentes; y a la privación paternal se suma la privación del medio natural de desarrollo del niño haciendo que tal efecto añadido produzca peores efectos en éste.
- Por lo general, todos los niños de familias disgregadas perciben un clima socio-familiar más empobrecido.
- Las actitudes educativas de los padres resultan más reprochables, durante y en el tiempo inmediato posterior a la fragmentación familiar.
- Por lo general, se realizan atribuciones más negativas al padre que a la madre.
- Se ha comprobado en todos los niveles de edad y escolarización que la respuesta de los niños a la disgregación familiar difiere cualitativamente según la edad de éstos.

* * * * *

BIBLIOGRAFIA

- Camara, K.A. & Resnick, G. (1988). *Interparental conflict and cooperation: Factors moderating children's post-divorce adjustment*. In E.M. Hetherington & J.D. Arasteh (Eds.), *Impact of divorce, singleparenting, and stepparenting on children* (pp. 169-195). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Drill, R.L.: "Young adult children of divorced parents: Depression and the perception of loss. *Special Issue: The divorce process: A handbook for clinicians*". *Journal of Divorce*, 1986, Fal-Win Vol. 10 (1-2) 169-187.
- Furstenberg, F.F. (1988). *Child care after divorce and remarriage*. In E.M. Hetherington & J. Arasteh (Eds.), *Impact of divorce, singleparenting, and stepparenting on children* (pp. 245-261). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Hetherington, E.M. & Clingempeel, W.G. (1988, March). *Coping with remarriage: The first two years. Symposium presented at the Southeastern Conference on Human Development*, Charleston, SC.

- Hetherington, E.M., Cox, M. & Cox, R. (1985). *Long-term effects of divorce and remarriage on the adjustment of children*. *Journal of American Academy of Psychiatry*, 24 (5), 518-830.
- Pederson, F.A.; Rubenstein, J. & Yarrow, L.J.: "Infant development in father-absent families". *Journal of Genetic Psychology*, en prensa.
- Rios González, J.A., "Los niños del divorcio" en *Divorcio, problema humano*. Edit. Karpos, Madrid, 1976. Pág. 135-150.
- Santrock, J.W. & Sitterle, K.A. (1987). *Parent-child relationships in stepmother families*. In K. Pasley & M. Ihinger-Tallman (Eds.), *Remarriage and stepparenting: Current research and theory* (pp. 135-154). New York: Guilford Press.
- Wallerstein, J.S. & Kelly, J.B., "Surviving the breakup: How children and parent cope with divorce". *New York*. Basic Books, 1980.
- Wallerstein, J., Corbin, S.B., & Lewis, J.M. (1988). *Children of divorce: A ten-year study*. In E.M. Hetherington & J. Arasteh (Eds.), *Impact of divorce, single-parenting and stepparenting on children*. (pp. 198-214). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Zill, N. (1988). *Behavior, achievement, and health problems among children in step-families: Findings from a national survey of child health*. In E.M. Hetherington & J.D. Arasteh (Eds.), *Impact of divorce, single-parenting and stepparenting on children* (pp. 325-368). Hillsdale, NJ: Erlbaum.